

Una mirada incorregible

José Carlos Rosales: *Un paisaje* (Sevilla, Renacimiento, 2013)

José Pallarés [*]

En 1988 apareció el primer poemario de José Carlos Rosales: *El buzo incorregible*. Veintitrés años más tarde, en 2011, se publican sus *Poemas a Milena*. En medio han visto la luz *El precio de los días* (1991), *La nieve blanca* (1995), *El horizonte* (2003) y *El desierto, la arena* (2006). Una producción sólida, pero no excesiva, de la que ahora se nos presenta una muestra en la antología que hoy reseñamos, *Un paisaje*, que se suma a la magnífica colección que está construyendo la editorial Renacimiento.

Todos los libros de JCR son —permítaseme la obviedad— libros. Quiero decir que no son una gavilla de poemas. Todos forman una unidad, una entidad propia, que se manifiesta tanto en los aspectos formales (aunque aquí no se observan grandes diferencias entre unos y otros) como en los temáticos. Pues bien, en *Un paisaje* la antóloga, Erika Martínez, ha conseguido ofrecer al lector otro libro: uno en el que los poemarios anteriores aparecen conectados, formando una unidad que tiene bastante de balance.

Los que hemos seguido la trayectoria poética de JCR nos sorprendemos gratamente al constatar la coherencia con la que esta ha sido construida; los que no conozcan la poesía de JCR tienen en este libro una magnífica posibilidad para introducirse en ella. Todas las obras anteriores tienen cabida en esta y, además, se le suman algunos poemas inéditos, escritos casi todos en los mismos años en los que el poeta escribía sus *Poemas a Milena*.

Como hemos dicho, la trayectoria poética de JCR se abre con *El buzo incorregible*. Ahí están ya los rasgos fundamentales de su poesía: la precisión y la sencillez expresivas (no reñida ésta con la metáfora audaz), y la contención emocional (lograda mediante un inteligente distanciamiento). La imagen del buzo no es gratuita y está presente casi siempre en la poesía de JCR: el poeta rompe la superficie de la realidad y se sumerge en parajes desconocidos, pertrechado —eso sí— con su traje y su escafandra, a través de cuyo cristal observa el mundo vedado a los que se han quedado en la superficie y lo desvela.

La desolación («Están los almacenes cubriéndose de moho / y un silencio de grapas ocupa los paseos»), la imposibilidad de encontrar una explicación a los que nos ocurre («Con los escaparates saturados de vaho, / es inútil abrir procesos o pesquisas»), la duda que anticipa la derrota («¿De qué sirve este día / si un sinfín de amenazas por el cielo campea?») se resuelven en la expresión lacónica y sentenciosa: «Mucho más inestable que el viento es la desdicha». Tal poema, «Masa fría», es una buena muestra de este primer libro, en el que la desolación, que se manifiesta en el léxico y las imágenes, la huella del pasado como impedimento para alcanzar la felicidad, la visión impresionista de la realidad, que ahonda en ella como un escalpelo, la desesperanza contenida presagian ya —de forma clara en los poemas elegidos por Erika Martínez— el título que sigue: *El precio de los días*.

La pulsión entre un pasado perdido y un futuro por necesidad incierto atraviesa los poemas de esta segunda entrega, en los que se va abriendo paso una actitud algo más esperanzada. El pasado sigue siendo un lastre por el que continuamos pagando un precio, como el pájaro pierde sus plumas. Pero no todo está definitivamente perdido, pues los pájaros «recobrarán de nuevo su plumaje / en otras latitudes y en las plazas / vuelan sueltas las plumas que perdieron». Día a día (los títulos de los poemas son siempre fechas), el poeta

se aferra a presente, tedioso en algunos poemas, esperanzado en otros, como la vida en fin, sin lograr escapar de la perplejidad en que se encuentra: «El verano se escapa, el invierno no acude, / y los sueños esperan ocupando un vacío».

En *La nieve blanca* ese buzo, siempre incorregible, sigue contemplando el mundo. Son en general poemas breves, en los que las circunstancias («De duda», «De modo», «De causa», «De lugar»... son títulos de poemas) cobran valor por sí solas, desprovistas de las proposiciones principales de las que debieran depender: son trallazos aislados en un mundo incierto que el poeta, sin embargo, no renuncia a comprender. Buena muestra de lo que decimos es el poema titulado «Un rincón de la calle». La nieve puede ocultar las huellas de un pasado cuyo peso tiende a ser menos significativo que en los libros anteriores, pero es por sí misma un regalo. Los versos de «Nieve variable» nos ofrecen la visión emocionada de quien contempla el mundo cada vez con más calma, asido cada vez más a un presente que, por momentos se revela esperanzado. Así, en «Tarde de aventuras», desde su refugio «alguien mira / por la ventana un mundo inexplicable / al que nunca se cansa de aguardar, / y se sorprende al ver cómo la nieve / se ha atrevido a caer, tan sigilosa». Quizá sea esta calma la que propicia el disfrute gozoso del presente, tal como se muestra en el poema titulado «Las caricias».

Ya en *El horizonte* el poeta muestra su deseo de salir de su refugio y dejarse llevar con el fluir constante de las cosas: «Y piensas que tendrías / que bajar a la calle, y acercarte a las cosas, / y alejarte con ellas». Pero es que las cosas que contempla siguen causando daño. Parece que, como en las novelas naturalistas, el ojo del poeta reposa inevitablemente en lo más hiriente, sin poder detenerse en las cosas que muestran la otra cara (la grata) del mundo. Sin embargo, ese espacio positivo, vinculado a lo pequeño y cotidiano, lucha por imponerse en poemas en los que el gozo adquiere una durabilidad mayor

que la del instante: «La vida es una fiesta desde que tú me miras, / una fiesta continua como nadie recuerda». Parece que el lastre del pasado se va desvaneciendo y que es hora ya de brindar por la vida que se abre hacia el futuro. Es lo que encontramos en poemas como «Brindis para final de fiesta», en el que el «nosotros» se convierte significativamente en el sujeto de la enunciación. El poema «Un paisaje», con el que se cierra el libro y que da título a esta antología, anticipa ya los símbolos, la arena y el desierto, que se dan cita en el siguiente poemario.

En los poemas de *El desierto, la arena* lo inmenso (el desierto) y lo minúsculo (la arena) se presentan nuevamente con el léxico de la desolación y la expresión sentenciosa presentes desde el primer libro. «Las heridas del alma son heridas / que nunca cicatrizan», leemos en uno de los poemas; «nadie dará su mano a los caídos / cuando sean inocentes», leemos en otro. Observemos el signo colectivo presente en estos versos y en otros del libro, como los de «Miedo rentable». Ganan en hondura filosófica estos poemas en los que la pulsión esperanzada del presente desea proyectarse hacia el futuro, puesto que, al modo heraclitano, todo fluye.

Salto conscientemente los *Poemas a Milena* puesto que éstos tienen un tono bien distinto de los que estamos analizando. Erika Martínez incluye en la antología una muestra del inédito *Y el aire de los mapas*. El propio JCR ha indicado que la «y» copulativa del título tiene el valor de dar por concluida la serie que empezó con *El buzo incorregible*, en la que se integran todos los títulos de que hemos hablado. Los poemas que ahora ven la luz ahondan en lo enigmático, dejando al lector perdido como el protagonista del poema «Insomnio» o radicalmente inseguro como en «Mapa autógrafo»: «Lo que sea será mapa de humo, / hollín que manchará la piedra, / aire sin nombre, pérdida».

Con *Si quisiera podrías levantarte y volar*, también inédito, JCR adopta un nuevo modo de expresión: el poema largo, de tono discursivo, en el que los pensamientos fluyen, como fluye todo, menos el protagonista que permanece paradójicamente quieto en el interior del coche mientras devora kilómetros de autopista. El poeta quizá no sea ya un buzo, pero sigue siendo incorregible.

Los *Poemas a Milena* son un magnífico conjunto de poemas de amor. JCR nos tiene acostumbrados en sus poemas al uso de la tercera persona o de la segunda auto-reflexiva. Ahora sin embargo el «yo» se hace explícito de manera directa. Un «yo» que observa el mundo acompañado, inteligentemente gozoso, y que sabe que la ausencia, cuando se produce, no es definitiva. La presencia del «tú» lo llena todo; su ausencia nos volvería al pasado hostil y solitario, monótono, «cada lunes / igual que cada jueves». La presencia se vuelca hacia un futuro que se intuye tan feliz como el presente compartido y sorprendente: «Si te quedas, no sé lo que será, / pero vale la pena averiguarlo, seguro que será como es ahora: / noche clara mirando tu murmullo, / todo fuera de sitio, los zapatos / perdidos en la sala y, cada día, / la sorpresa metódica de verte». El poeta se esfuerza en saborear el tiempo, consciente de que «el tiempo gastado / ahora (y subrayo el “ahora”) no será tiempo perdido». Son poemas de amor en que lo cotidiano y pequeño, lo mínimo y esencial, se degusta y se comparte desde la conciencia de su valor, desde la conciencia de que «el mundo / es un milagro frágil» en el que «todo está, todo fluye», como leemos en el último verso de este poemario espléndido. Y este milagro no podemos perdérselo.

Alguna vez ha comentado JCR que él y yo nos hicimos amigos a raíz de *El buzo incorregible*. Es verdad. Antes nos conocíamos, pero apenas habíamos hablado. Fue en la librería Al-Ándalus, en Granada, que entonces llevaba con acierto el poeta Rafael Juárez. Leí en ella los brevísimos poemas de *El buzo* con tanta sorpresa y emoción que no puede menos que acercarme a José Carlos para felicitarlo y darle las gracias por haber escrito ese libro que, hoy,

me sigue resultando muy apreciable. Empezó entonces una conversación que se ha mantenido hasta ahora. Con los *Poemas a Milena*, tan diferentes, me pasó algo parecido. Di con ellos en la librería Atlántida, también en Granada. Empecé a leerlo por la calle y lo acabé en medio del barullo de un bar cercano. Inmediatamente llamé a José Carlos para felicitarlo y darle las gracias nuevamente. Me preguntó José Carlos que si no me parecían estos poemas demasiado explícitos, demasiado evidentes. No dudé en mi respuesta: son magníficos.

[*] Contacto con el autor: jpalmor27@gmail.com